

Giorgio Agamben, Byung-Chul Han *et al.*, *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempo de pandemias*, 2020, Buenos Aires, Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, 188 páginas.

RECEPCIÓN: 27 de abril de 2020.

APROBACIÓN: 6 de mayo de 2020.

DOI: 10.5347/01856383.0133.000299240

La lectura de esta colección de ensayos sorprende porque se trata de pensadores contemporáneos que expresan sus análisis en torno a la pandemia del coronavirus, causante de la enfermedad covid-19. Las diferentes visiones se cruzan, convergen, contrastan unas con otras y, en algunos casos, chocan. Para fines de simplicidad, se escoge, en esta reseña, a los autores que nos parecen representativos. El lector descubrirá mucho más al leer todo el libro.

Giorgio Agamben (Roma, 1942) escribe dos textos escalofriantes. El primero fechado el 26 de febrero de 2020 y el segundo el 27 de marzo. La idea central es que la epidemia del coronavirus ha generado un retorno al estado de excepción. Se otorga poder al Estado para suspender las libertades de movimiento e interacción social, en medio de un control referido al aislamiento obligado. Eso paraliza a la sociedad, aleja a las personas, suspende los derechos en nombre de la vida, de la nuda vida. Se justifican las medidas por el desconocimiento del nuevo virus y su comportamiento, puesto que no se sabe por qué es tan contagioso. Se conocen los mecanismos de transmisión, pero no la forma de erradicar la pandemia. Por lo mismo, el estado de excepción suspenderá en nombre de la ley el derecho a la libertad y se impondrá una cuarentena con vigilancia policial. Ese estado de cosas es desproporcionado, dice Agamben. Habiéndose agotado el tema del terrorismo como agente del mal al que hay que temer, ahora se usa el tema del virus como pretexto para extender los controles sobre las formas de vida de los individuos.

En el segundo texto, Agamben habla de la peste. En esos tiempos había una costumbre: pintar las casas de los infectados por la plaga, con el objeto de que la gente tuviera miedo. Ese miedo es otro gran mecanismo de control.

Sorprende que la gente se someta a las decisiones de técnicos y científicos que dicen saber que el confinamiento es lo adecuado, aparte de que ese miedo se propaga mediáticamente. No se niega que haya un virus, se afirma que se aprovecha esta oportunidad para desmovilizar, controlar, aislar, infundir temor y ejercer el estado de excepción. Cuando pase la nueva plaga, cambiará nuestra manera de vivir.

Jean Luc Nancy (Burdeos, 1940) responde finamente a su amigo Agamben. Dice que se equivoca en pensar que se sobredimensiona el problema. Hay un grave virus que amaga la vida de miles, y especialmente la de los mayores. Las políticas de excepción reclaman que haya un estado de excepción en momentos excepcionales. La razón es que el nuevo virus es más letal que el de la gripe (en proporción de uno a 30, que no es algo menor). Es cierto que se pone en duda toda una civilización y los países ricos podrán salvar a más personas. Disponen de máquinas y del andamiaje farmacológico y de sus grandes laboratorios. La pandemia arrasará a los pobres, colapsará el sistema económico neoliberal, la globalización entrará en crisis. Sin embargo, dice Nancy, no se trata de aislar frenando las libertades por decreto de Estado, sino de salvar vidas confinando a las personas. Los gobiernos son títeres que la pandemia manipula. No son gobiernos que controlan, sino que reaccionan al poder de muerte de un virus que pandemiza el miedo, el fin de una era. Hay que acatar las disposiciones, porque si bien no se debe hacer caso a las exageraciones e inventos, en este caso se trata de algo desconocido y diminuto, pero poderoso en su capacidad de matar. No es la plaga que separaba a unos de otros: es el confinamiento de todos. Agamben vuelve a la carga y dice que los gobiernos apuestan a la muerte: la muerte de la vida en comunidad, el rompimiento de las relaciones humanas, no acercarnos, no tocarnos, separarnos, vernos con desconfianza, tener miedo a los otros, ir con la cara tapada, fomentar el contagio del temor: los estados ya lograron cerrar las universidades para que dejemos por ahora de pensar.

Slavoj Žižek (Liubliana, 1949) sostiene que las teorías de la conspiración dirán que este nuevo virus fue diseñado para frenar a los chinos, matar a los innecesarios y rehacer el diseño económico del planeta. O que es un virus hecho por los chinos para que colapse Occidente. Otros afirmarán que se trata de técnicas experimentales de control. Lo cierto es que esta cuarentena pone en jaque al sistema capitalista, el esquema de la globalización y la economía de mercado; resurge el Estado-nación, el cierre de fronteras y se da muerte al liberalismo. El comunismo renacerá en la forma de una nueva confianza en las

personas y en la ciencia. El coronavirus detiene por ahora el sistema de producción-consumo para que muera lentamente y permita que nuestra obsesión por los automóviles, el consumo excesivo, la velocidad de sobrevivir, terminen por ceder el paso a una forma de comunismo liberal en el que nos preocupemos por salvar vidas, ser solidarios, cuidar el planeta; son los liberales, que defienden las libertades, los verdaderos asesinos de la vida. Los liberales son “comunistas” porque desean uniformar el patrón de consumo. Posiblemente los comunistas sean quienes salven las libertades. Los liberales con diploma son comunistas y estudiaron en serio para poner en peligro nuestros valores liberales. Los valores deben cambiar para salvar nuestras vidas. Necesitamos un nuevo sistema de salud, una red mundial de atención médica. Todos estamos en el mismo bote del virus y la cuarentena. Pero el virus empujó a nuevas formas de solidaridad humana. Hay otras catástrofes que se asoman, que no son dichas ahora: el calentamiento de la atmósfera, tormentas brutales, muerte de especies animales. Una nueva coordinación mundial aparecerá. Así como alguna vez hablamos de virus digitales que afectaban la web y nos dimos cuenta de su peligro cuando destruyeron nuestros discos duros, nuestros datos, hoy hablamos de una infección viral pandémica que funciona igual: destruye vidas, aísla, separa, determina controles, colapsa el sistema del capital. En lo real y en lo virtual, los virus destruyen. Dejaremos de pensar que el mercado y el sistema financiero son entes vivos. Acabará el animismo capitalista. En esta guerra médica vemos que esos viajes de ricos a hoteles caros, esa vida en restaurantes de lujo, ese gasto en cosas, son una idiotez. El privilegio de pocos se ha fabricado a costa de la miseria del resto. El nuevo comunismo liberal adviene, es la promesa.

Refiere Santiago López Petit (Barcelona, 1950) que en Yemen, cada diez minutos, muere un niño a causa del hambre. Eso mata más que el coronavirus. Pero eso no es noticia. ¿Por qué? Porque lo que ahora está en jaque es el sistema económico global, los intereses de los privilegiados. Permanecemos encerrados o aislados en el interior de una gran ficción, que paradójicamente moviliza a todos al confinamiento que desmoviliza a todos. La posible muerte de muchos y la infección de todos paraliza el pensamiento crítico. Se obedece y punto. Nos dicen las autoridades que saldremos de esto, que entre todos pararemos el virus. Pero los más pobres son los que van a trabajar arriesgando todo porque ya habían muerto desde antes. El sistema los expulsó de la vida hace tiempo. El capitalismo es asesino, dice López Petit. Funciona con la lógica de la depredación y dispone de un lenguaje militar, de guerra, con el que se tiene

que encontrar un enemigo común. Eso refuerza el nacionalismo, el poder autoritario, la decisión de separar a unos de otros, frenar las protestas masivas: reformar la libertad. En esta pandemia, el neoliberalismo se pone descaradamente el vestido de Estado de guerra porque el capital tiene miedo.

Por su parte, Judith Butler (Cleveland, 1956) recuerda que el nuevo aislamiento es resultado de la interdependencia global. Pone de manifiesto el paso de información de un lado a otro, de bienes que traspasan fronteras y que es ajeno a la idea de territorio nacional. Así, este nuevo virus viaja a velocidades de red, infectando el planeta y creando zonas y microzonas de pandemia. Ataca y se mueve mostrando que la comunidad humana es sumamente frágil. Entran en escena gobernantes que hablan de guerra contra el mal, cierre de fronteras, separación de personas, sistemas de vigilancia por video, control del movimiento de las personas, gobiernos que saben dónde estamos y adónde vamos, que tienen cámaras que registran el movimiento, sensores que detectan a los enfermos y teléfonos inteligentes que advierten con nuevas aplicaciones dónde hay un infectado. Los empresarios están ávidos de explotar el sufrimiento y echan a andar fábricas de cubrebocas, respiradores, negocios que no se detienen. La desigualdad racial crece, lo que incluye el nacionalismo, la supremacía blanca, la violencia contra las mujeres, y se reproducen los poderes patriarcales en zonas de pandemia. El negocio de tener una vacuna contra el covid-19 ocasionará grandes batallas entre laboratorios y compañías farmacéuticas. La lógica es hacer más grande a Estados Unidos cerrando con mayor razón el paso a todo mundo. ¿Eso pretende Trump? Dice Butler que el virus no discrimina, pero los humanos lo hacemos, modelados por poderes entrelazados de nacionalismo, racismo, xenofobia y capitalismo. Las decisiones de cierre de fronteras eluden la solidaridad mundial. No existe un protocolo en el que colaboren varios países. El realismo capitalista se ríe de la pretensión fraterna de una salubridad universal. Se trata de un deseo que ojalá nos mantenga vivos. La tentación de los políticos es abrir los negocios pronto, minimizar el problema o esconder los datos. De nuevo, lo solidario queda de lado ante el feroz individualismo de los sistemas financieros y comerciales.

Alain Badiou (Rabat, 1973) dice que la pandemia actual no tiene nada de excepcional. Desde el sida, la gripe aviar, el virus SARS-1 (el regreso del sarampión o la tuberculosis), la existencia humana está ligada en muchas zonas a un sistema médico deficiente y a la insuficiencia de vacunas. Lo que interesa es que esta nueva pandemia del coronavirus golpea a buena parte del mundo occidental comodino, ahí donde las redes sociales se saturan de tonterías y

de lamentaciones sospechosas y tontas. No hay más protección que acatar las disposiciones del Estado. Y esperar. Lo que ahora se ve en el SARS-2 es la identificación de un nuevo virus y una enfermedad desconocida en el siglo XXI, como lo fue el SARS-1 en el año 2003. Ante eso, solamente queda confinarse y recomendar estar lejos de las otras personas: des-socializarnos. Los médicos y enfermeras, los que tienen que desplegar actividades esenciales y las personas en edad avanzada corren el riesgo enorme de ser infectados. Hay que proteger a esas personas antes que a nadie. Se declara de manera simplista que estamos en guerra. Desde los pesimistas del fin del mundo hasta los exasperados que dicen “primero yo” como lo demanda el sistema neoliberal, la ideología del mal continúa como prueba de la disolución de la razón. Así como en la Edad Media se hacían profecías, fábulas o rezos ante las epidemias, ahora volvemos a la superstición, el temor indefinido y la psicosis difundida por todos los medios, sin faltar los que desean que todos estemos bien pero que, cuando todo termine, volverán a ser indiferentes a los demás. Una epidemia, de entrada, articula determinaciones naturales y determinaciones sociales. El tránsito de los animales al hombre constituye el punto de origen de todo. El capitalismo imperial chino tiene presencia e incidencia en todo el orbe, en tanto que China es la fábrica del mundo globalizado. Paradoja clara: una potencia mundial conserva mercados de la Edad Media o antes y prácticas sanitarias nada apegadas a la ciencia. Es decir, por un lado hay un determinante social de atraso y por otro un determinante social mundial de progreso tecnológico. Extrañamente, la epidemia se superó en Wuhan, pero prospera en Shanghái. Miles de chinos quieren ir a China a protegerse del virus que ataca a Europa y los chinos no quieren a esos chinos. Así, China anuda la razón arcaica con la moderna en el cruce entre la naturaleza y la sociedad en mercados mantenidos a la manera antigua y a la luz del poderío difusor de una pandemia que se hace mundial.

El conflicto racional llega a la economía, pues liga a los Estados, mientras que en lo político los Estados son nacionalistas. Ni siquiera los europeos logran coordinar sus políticas para enfrentar el virus: España actúa por su lado, Italia como puede, Gran Bretaña tarde. Es obvio que el Estado tiene que imponer medidas a las masas populares lo mismo que a los burgueses. En el caso de una epidemia, el reflejo de la idea de la guerra es inevitable. Repentinamente, el Estado se convierte en “Estado de bienestar”, los apoyos a los que pierden el empleo, así como a los pequeños negocios, anuncian nacionalizaciones. Las formas autoritarias entran en escena como una necesidad vital. El objetivo

es frenar la epidemia sin alterar el orden. El proceso mortal de la naturaleza se cruza con el proceso del desorden social (aislamiento, cuarentena, intervención autoritaria del Estado). Lo inmediato es prohibir las concentraciones humanas. Lo que sigue es que el jefe de Estado en nombre del bien general tome decisiones propias de tiempos de guerra. Esta guerra contra el virus tiene que llevar a reformular el diseño del sistema capitalista de mercado y de los modos individuales y competitivos, para dar paso a nuevas maneras de imaginar la colaboración mundial.

Finalmente, Byung-Chul Han (Seúl, 1959) plantea que el brote de este nuevo virus ha demostrado la eficacia de Asia en comparación con el fracaso de Europa. La pandemia ha sido controlada, casi en su totalidad, en Wuhan, por las autoridades chinas. Lo mismo ha ocurrido en Corea del Sur, Taiwán, Japón y Singapur. Eso no sucede en Italia, Francia, Alemania y Gran Bretaña. La respuesta es sencilla. Los países asiáticos tienen una larga tradición autoritaria. Las sociedades asiáticas son disciplinadas, obedientes y se conducen conforme a las premisas del Estado. Las nuevas tecnologías entran en el escenario diluyendo la separación entre lo privado y lo público. Eso quiere decir que las cámaras vigilan en las calles todos los movimientos de la gente. El gobierno sabe dónde está una persona desde el momento en que hace una llamada por celular, revisa su Facebook o navega por internet. Hay dispositivos que miden la temperatura de los individuos, sensores que detectan a distancia a una persona contagiada y aplicaciones en los teléfonos le dicen a un surcoreano que hay contagio cerca. No hay esa tecnología en Occidente. La razón es la democracia, la idea perniciosa de que todos somos iguales ante la ley, de que el gobierno debe rendir cuentas, y, sobre todo, la separación de la vida privada de la pública. Los europeos no aceptan que controlen su vida, que el Estado sepa dónde están y qué hacen. Esa vigilancia lesiona sus derechos humanos. Y en nombre de los derechos humanos, los europeos se han contagiado moviéndose, saliendo a la calle, desobedeciendo las normativas del gobierno. Cuando reaccionaron los italianos, españoles, alemanes y británicos, ya la pandemia había cobrado miles de muertos. Los asiáticos aceptan que se controle su vida: no les importa que el Estado sepa todo de ellos e inclusive lo desean. Esa es la mentalidad. En el momento en que una autoridad da una orden, todos obedecen.

En Europa faltan mascarillas, y las que se usan no tienen los filtros necesarios. En China y Corea del Sur todas las personas usan mascarillas idénticas

a las que usa el personal de salud. Si faltan, el Estado hace funcionar las fábricas veinticuatro horas. Dice Han:

Hace exactamente diez años sostuve en mi ensayo *La sociedad del cansancio* la tesis de que vivimos en una época en la que ha perdido su vigencia el paradigma inmunológico, que se basa en la negatividad del enemigo. Como en los tiempos de la guerra fría, la sociedad organizada inmunológicamente se caracteriza por vivir rodeada de fronteras y de vallas, que impiden la circulación acelerada de mercancías y de capital. La globalización suprime todos estos umbrales inmunitarios para dar vía libre al capital [...] Los peligros no acechan desde la negatividad del enemigo, sino desde el exceso de positividad, que se expresa como exceso de rendimiento, exceso de producción y exceso de comunicación. [p. 108]

La pandemia ha mostrado que la positividad de la sociedad del rendimiento se cae, el flujo de los intercambios globales se interrumpe. Las personas comienzan a sentir que no lo pueden todo. Por más que quieran dejarse explotar, no hay empleo para todos. Las redes se saturan de noticias falsas y el pánico paraliza. El enemigo hace que vuelvan a cerrarse las fronteras, que los Estados se separen, que las personas se aíslen. El virus devuelve a la sociedad al estado inmunológico del pánico. El colapso del sistema está a la vista y se podría haber producido aun antes del virus. La pandemia solamente acelera el proceso de crisis del consumo y de los mercados. Han objeta a Zizek, pues está en desacuerdo con la tesis de que esta pandemia acabará con el capitalismo y la globalización, y dará paso a un comunismo liberal estructurando nuevas formas de cooperación solidaria. Han dice que eso es falso. A pesar de que el virus nos devuelve a la negatividad y pone en suspenso la sociedad del cansancio, el capitalismo retornará más fuerte que nunca. La separación de la gente, el cierre de fronteras, los controles autoritarios sobre la gente, la invasión de la vida privada y la ruptura de las agrupaciones colectivas traerán un nuevo sistema global de intercambios y mercado con formas políticas totalmente autoritarias. Es decir, no habrá tal solidaridad humana porque se está rediseñando un sistema de control y aislamiento que es el que necesita el capitalismo. En lugar de colaborar, separar; en lugar de libertades, controles. La producción será más eficaz. Han lo dice así: “Zizek afirma que el virus asesta un golpe mortal al capitalismo, y evoca un oscuro comunismo. Se equivoca. Nada de eso sucederá. China podrá vender ahora su Estado policial digital como un modelo de éxito contra la pandemia [...] Y tras la pandemia, el capitalismo continuará

## RESEÑAS

aún con más pujanza. Y los turistas seguirán pisoteando el planeta” (p. 110). La revolución viral no llegará a producirse nunca. Ojalá surja cierta solidaridad para evitar lo que vendrá. Pero Byung-Chul Han es escéptico al respecto.

Que el lector se adentre en el texto. Es de coyuntura, pero las reflexiones son pertinentes porque hacen pensar en que, después de la pandemia, sobrevendrán nuevas formas de interacción humana. Lo que es evidente es que el sistema como lo conocemos no podrá seguir siendo el mismo.

JOSÉ MANUEL OROZCO GARIBAY  
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM